

iba á dar al deseo de hacer saltar el viejo mundo culpable.

Jordán, después de presentarle á Lucas, como un ingeniero amigo suyo, quiso que Lange le enseñara lo que en broma llamaba él su museo.

—Si tiene usted gusto en ello... Todo lo hago por divertirme; son cachivaches, que llevo al horno por distraerme... Ahí los tiene usted. Todo ese barro, bajo ese cobertizo... Puede usted verlo, mientras yo explico mis ladrillos al señor Jordán.

Creció el asombro de Lucas. Había bajo el cobertizo monigotes de loza, vasos, pucheros, platos de formas y de colores singulares, que aun demostrando una gran ignorancia, eran deliciosos por su original sencillez candorosa. Los azares del fuego se manifestaban arrogantes, brillaban los esmaltes con inaudita riqueza de tonos; pero lo que más le asombraba en la alfarería corriente que Lange fabricaba para su clientela ordinaria de los mercados y de las ferias, la vajilla, las ollas, los cántaros, los barreños, era la elegancia de las formas, lo agradable de los colores puros, toda una feliz florescencia del genio popular. Parecía que el alfarero había sacado este genio de su raza; que sus obras, en las que alentaba el alma del pueblo, nacían naturalmente, de sus dedos, gordos, como si hubiese vuelto á encontrar por instinto los moldes primitivos de una belleza práctica admirable. La obra maestra se realizaba en cada empeño, en cada objeto era según su uso lo pedía, y por esto, de una verdad sencilla, llena de gracia.

Cuando Lange volvió con Jordán, que le había encargado algunos centenares de ladrillos para experimentar un nuevo horno eléctrico, recibió sonriendo los plácemes de Lucas, que se maravillaba del tono alegre de aquella loza, tan ligera, de púrpura y azul, florida, brillando al sol.

—Sí, sí, esto es meter las amapolas y los azulejos de los trigos por las casas... Siempre he creído que se debía adornar con esto los tejados y fachadas. No saldría muy caro, si los comerciantes no robasen; y ya vería usted qué hermosa parecía así una ciudad, un verdadero ramillete, entre el verdor... Pero no se

puede hacer nada, con estos sucios de burgueses del día.

Y volvió en seguida á su pasión de sectario; á sus ideas de anarquía extremosa, que había adquirido en algunos folletos que habian llegado á él, y quedado en su poder, ni él mismo sabía por qué casualidad. Por lo pronto, había que destruirlo todo, apoderarse por la revolución de todo; la salvación no estaba más que en la destrucción de toda autoridad; pues si quedaba un solo poder en pie, aun ínfimo, bastaría para la reconstrucción del edificio entero de iniquidad y tiranía. En seguida, la *comune* libre podría establecerse, sin gobierno alguno, gracias al acuerdo de los grupos, variados sin cesar, continuamente modificados, según las necesidades y los deseos de cada cual.

Admiróse Lucas de volver á dar con estas teorías, con las series de Fourier: pues el sueño final era el mismo, invocar las pasiones creadoras, la expansión del individuo, emancipado en una sociedad harmónica, en que el bien de cada ciudadano necesitaba del bien de todos; pero los caminos eran diferentes, el anarquista no era más que un fourierista, un colectivista desengañado, exasperado, que ya no creía en los medios políticos, resuelto á conquistar por la fuerza, por el exterminio, la felicidad social, puesto que siglos y siglos de lenta evolución, al parecer, no la traían. La catástrofe, el volcán estaba en la naturaleza. Así que, cuando Lucas nombró á Bonnaire, Lange mostró feroz ironía y trató al maestro fundidor con más amargo desdén que si fuera un burgués. ¡Ah! sí; el cuartel de Bonnaire, ese colectivismo en que estaría uno numerado y disciplinado, en prisiones, como en presidio. Y extendiendo el puño hacia Beauclair, cuyos cercanos tejados dominaba desde allí, volvió á sus lamentaciones, á sus maldiciones de profeta, lanzadas contra la ciudad corrompida, que el fuego iba á destruir, y que sería arrasada para que de sus cenizas naciese al fin la ciudad de verdad y de justicia.

Pasmado de tanta violencia, Jordán le miraba con curiosidad.

—Pero, vamos á ver; Lange, amigo mío; usted no me parece desgraciado.

—Yo, señor Jordán, soy muy feliz, todo lo feliz que

se puede ser... Vivo aquí libre, esto es casi la anarquía realizada. Usted me ha dejado tomar este pedazo de tierra que es de todos; y soy mi amo, no pago alquiler á nadie. Después, trabajo á mi antojo, ni tengo patrono que me aplaste, ni jornalero á quien yo aplastar; vendo yo mismo mis ollas y mis cántaros, á la buena gente que los necesita, sin que me roben los comerciantes, ni permitirles robar á los compradores. Y todavía me queda tiempo para divertirme, cuando se me antoja, en cocer estos muñecos de loza, estos cacharros, estos azulejos llenos de adornos, cuyos vivos colores me alegran los ojos... ¡Oh, oh! no, aquí no nos quejamos, estamos contentos con la vida, cuando el sol nos alegra, ¿no es así amiga Descalza?

La joven se había acercado, medio desnuda y en su traje de faena, con las manos teñidas del color rosado de la vasija que acababa de sacar del horno. Y sonreía, de divina manera, mirando al hombre, al dios, cuya sierva se había hecho, á quien daba cuerpo y alma en continuo regalo.

—Pero esto no quita,—prosiguió Lange,— que haya demasiados pobres maricas, que aguantan, y que haya que volar á Beauclair, un día de estos, para reedificarlo con decencia. Sólo la propaganda por el hecho, la bomba, puede despertar al pueblo... ¿Y qué me dice usted de esto? Tengo aquí lo necesario para preparar dos ó tres docenas de bombas, de una fuerza extraordinaria. Bueno, pues el mejor día, salgo por ahí con mi coche, al cual yo me engancho y la Descalza empuja por detrás. Y que pesa por cierto cuando va cargado de cacharros, y hay que arrastrarlo por los malos caminos de las aldeas, de mercado en mercado. Es justo, de cuando en cuando, un descansito bajo los árboles donde hay fuentes... Pero ese día no salimos de Beauclair: va una bomba escondida en cada olla, dejamos una en la sub-Prefectura, otra en la Alcaldía, otra en la Audiencia, otra en la cárcel, otra en la iglesia, en fin, donde quiera que se encuentre una autoridad que destruir. Arden las mechas, el fuego trabaja oculto el tiempo necesario, luego de un golpe salta Beauclair; una espantosa erupción de volcán lo quema y se lo lleva... ¡Eh! ¿qué tal? ¿qué les parece de mi paseito con mi coche, del

reparto de ollas que fabrico, en bien del género humano?

Y reía con risa estática, el rostro demudado; y como la moza morena también riese con él, añadió:

—¿No es eso, Descalza? yo tiraré y tú empujarás, será un paseo, aún más divertido que el de la ribera del Mionna, bajo los sauces, cuando vamos á la feria de Magnolles.

Jordán no discutió; no hizo más que un ademán, dando á entender lo disparatada que parecía semejante idea, al sabio que llevaba dentro de sí. Pero, cuando, después de despedirse, estuvieron en el camino de la Crecherie, sintió Lucas que llevaba consigo la impresión, que le estremecía, de aquella gran poesía negra, de aquel sueño de felicidad por la destrucción, que sin cesar agitaba el cerebro de algunos poetas simplistas, entre la muchedumbre de los desheredados. Ambos entraron en casa silenciosos, perdido cada cual en sus meditaciones.

En el laboratorio, donde entraron directamente, encontraron á Sœurette, que, ante una mesita, copiaba en paz un manuscrito de su hermano. Muchas veces se ponía un largo delantal azul, para servir de ayudante preparador en ciertos experimentos delicados. Cuando entraron, se contentó con levantar la cabeza y sonreír, y volvió á su trabajo.

—¡Ah!—dijo Jordán tendiéndose en una butaca;— decididamente no hay para mí horas felices más que aquí: en medio de mis aparatos y de mis papelotes... En cuanto entro, vuelven á mi corazón la paz y la esperanza.

De una mirada cariñosa había pasado revista á la ancha estancia, como para tomar de nuevo posesión, reconocerse allí, bañarse en el buen olor, calmante y confortativo, del trabajo. Estaba abierta la ventana, el sol poniente entraba en una tibia caricia, mientras á lo lejos, se veía brillar, entre los árboles, los tejados y las vidrieras de Beauclair.

—¡Qué inútil miseria todas esas disputas!—exclamó Jordán, mientras Lucas se paseaba con lento paso.—Después del almuerzo, oía al cura y al maestro, asombrado de que se perdiera el tiempo, queriendo convencerse, cuando se está, como ellos, en los extre-

mos de las cuestiones, y no se habla la misma lengua. Y note usted que no vienen aquí una sola vez sin volver idénticamente á las mismas discusiones, para quedar siempre como estaban... Luego, qué desgraciado empeño el de encerrarse de esa manera en lo absoluto, y combatir á fuerza de argumentos contradictorios. Estoy por el doctor, que se divierte, reduciéndolos á la nada á los dos, sólo con oponer el uno al otro. Lo mismo que ese Lange; ¿no da pena ver á tan excelente sujeto, soñar tamañas majaderías, perderse en un error, más manifiesto y más peligroso, porque camina al azar, despreciando la certidumbre?... No, decididamente, no comprendo la pasión política; las cosas que dice esa gente me parecen vacías de sentido razonable; las cuestiones más graves que se suscitan, no son para mí más que acertijos, un pasatiempo; y no acabo de comprender que se den tan inútiles batallas, por tan menudos incidentes, cuando el descubrimiento de la más pequeña de las verdades científicas hace más por el progreso que cincuenta años de luchas sociales.

Lucas se echó á reír.

—Ahí tiene usted, usted mismo cae en lo absoluto... El hombre debe luchar, la política no es más que la necesidad que el hombre tiene de defender sus intereses, de asegurar la mayor felicidad posible.

—Tiene usted razón,—confesó Jordán con su candorosa buena fe.—Y acaso mi desdén de la política procede de un sordo remordimiento, por la ignorancia en que vivo, por mi gusto, respecto de los asuntos políticos de mi país... Pero, con toda sinceridad, creo que soy un buen ciudadano, así y todo, encerrándome en mi laboratorio; pues cada cual sirve á la nación con la facultad de que dispone. Y los verdaderos revolucionarios, fíjese usted, los verdaderos hombres de acción, los que preparan para mañana más verdad, más justicia, son de seguro los sabios. Un gobierno pasa y cae, un pueblo crece, brilla, decae, ¡qué importa! Las verdades de la ciencia se transmiten, aumentan siempre, cada día con más luz y más certeza; el retroceso de un siglo no se cuenta, se vuelve á marchar hacia adelante, la humanidad camina al saber, pese á los obstáculos.

Objetar que no se sabrá jamás todo, es una tontería; se trata de saber lo más posible, para llegar á la mayor ventura posible. Y siendo así, repito, cuán despreciables son los vaivenes políticos que apasionan á las naciones... Mientras se pone la salvación de un pueblo en sostener ó derribar un ministerio, el sabio es el verdadero dueño del mañana, el día que ilumina á la multitud con una nueva chispa de verdad. Cesará toda la injusticia, cuando toda la verdad se muestre.

Hubo una pausa; Scurette había dejado la pluma y escuchaba. Después de fantasear algunos segundos, Jordán prosiguió, sin transición aparente:

—El trabajo, ¡oh, el trabajo! yo le debo la vida. Ya veis qué débil soy; recuerdo que mi madre tenía que envolverme en mantas en días de mucho viento; y, sin embargo, ella fué quien me puso al trabajo, como un régimen seguro de salud. No me condenaba á estudios abrumadores, verdadero presidio, en que se tortura las inteligencias que se van formando. Me facilitaba el hábito de una labor regular, sin cesar variada, atractiva, y así aprendí yo á trabajar, como se aprende á respirar, á andar. El trabajo se ha hecho la función de mi sér, el juego natural y necesario de mis miembros y de mis órganos, el fin y el medio de mi vida misma. He vivido porque he trabajado; entre el mundo y yo se ha establecido un equilibrio; le he devuelto en obras lo que él me daba en sensaciones, y creo que toda la salud está en eso, en cambios bien regulados, en una adaptación perfecta del organismo al medio... Y enclenque y todo como soy, llegaré á viejo, es seguro, porque soy una maquinilla montada con cuidado y que funciona lógicamente.

Lucas había interrumpido su lento paseo. Como Scurette, oía con atención apasionada.

—En eso está la salud de los seres, una buena higiene para vivir bien,—continuó Jordán.—El trabajo es la vida misma, la vida es un continuo trabajo de las fuerzas químicas y mecánicas. Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse á los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la tarea misma de la eternidad, la obra

universal á que venimos todos á traer nuestra piedra. ¿El universo, no es un inmenso taller en que jamás se huelga, en que los infinitamente pequeños, hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra sin descanso, desde los simples fermentos, hasta las criaturas más perfectas? Los campos que se cubren de mieses, trabajan; los bosques, en su pausado crecimiento, trabajan; los ríos, corriendo en el fondo de los valles, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno á otro continente, trabajan; los mundos, que son llevados por el ritmo de la gravitación, á través de lo infinito, trabajan. No hay un sér, no hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad; todo va arrastrado, atado á su tarea, obligado á poner su parte en el común empeño. Quien quiera que no trabaja, desaparece por eso mismo, rechazado como estorbo inútil, y ha de ceder el puesto al trabajador necesario, indispensable. Tal es la única ley de la vida; que no es, en suma, más que la materia trabajando, una fuerza en perpétua actividad, el dios de todas las religiones, para la obra final de la dicha, cuya imperiosa necesidad llevamos en nosotros.

Otra vez, un instante, Jordán se perdió en sus ensueños.

—Y qué admirable regulador es el trabajo, qué orden trae consigo, donde quiera que reina. ¡Es la paz, la alegría, como es la salud! Me siento confundido, cuando le veo despreciado, envilecido, mirado como un castigo y una vergüenza. Si me salvó de la muerte segura, me ha dado además todo lo que en mí hay de bueno; me ha devuelto una inteligencia y una nobleza. Y qué admirable organizador es; cómo regula las facultades de la inteligencia, el juego de los músculos, el papel de cada grupo en una multitud de trabajadores! Por sí solo sería una constitución política, una policía humana, una razón de ser social. Sólo nacemos para la colmena, no trae más cada uno que su esfuerzo de un instante; no podemos explicar la necesidad de nuestra vida, sino porque la naturaleza ha menester un obrero más para su obra. Toda otra explicación es orgullosa y falsa. Las vidas individuales parecen sacrificadas á la vida universal

de los mundos futuros. No hay felicidad posible, si no se pone en la felicidad solidaria de la eterna labor común. Por eso yo quisiera que al fin se fundara la religión del trabajo, el hosanna al trabajo salvador, la verdad, única, la salud, la alegría, la paz soberana.

Calló, y Sœurette dió un grito de cariñoso entusiasmo.

—¡Ay, hermano, qué razón tienes! ¡Qué verdadero, qué hermoso es esto!

Lucas estaba todavía más conmovido; en pie, inmóvil, los ojos poco á poco llenos de luz, como un apóstol, bajo el súbito rayo que le iluminaba. De repente habló:

—Oiga usted, Jordán; no hay que vender nada á Delaveau: hay que guardarlo todo, el horno alto, la mina... Esta es mi respuesta, se la doy á usted porque estoy convencido.

Sorprendido por tales palabras, tan inesperadas, dichas de súbito, y cuyo enlace con lo que él acababa de decir no comprendía, el dueño de la Crecherie, con un ligero movimiento de párpados, preguntó:

—¿Cómo es eso, querido Lucas? ¿por qué me habla usted así? Explíquese usted.

El joven siguió un momento callado, porque la emoción le trastornaba; aquel himno al trabajo, aquella glorificación del trabajo pacificador le había exaltado, con un choque súbito, como arrebatado por un espíritu, y al fin, mostraba á sus ojos el vasto horizonte, perdido hasta entonces en la bruma. Todo se precisaba, se animaba, se hacía de una absoluta certidumbre. Era la fe que resplandecía; las palabras salían de su boca con una fuerza de persuasión extraordinaria.

—No hay que vender nada á Delaveau... He ido esta mañana á ver la mina abandonada. Según se presenta en los filones actuales, todavía se puede sacar bastante provecho del mineral, sometiéndolo á los nuevos procedimientos químicos. Y Morfain me ha convencido de que se volverá á dar con filones excelentes al otro lado de la garganta... Hay allí riquezas incalculables. El horno alto nos producirá la fundición á precio muy bajo, y si se le completa con toda

una ferrería, con hornos de modelar, hornos de crisol, laminadores y martillos pilones, se podría emprender otra vez en grande la fabricación de rieles y armaduras, y luchar victoriosamente en baratura con las fábricas de acero más prósperas del Norte y del Este.

La sorpresa de Jordán crecía, llegaba al pasma. Pero se le escapó esta protesta.

—Pero si yo no quiero ser más rico: ya tengo demasiado dinero, y si vendo es por huir de todos los cuidados de la ganancia.

Con un hermoso ademán apasionado, Lucas le interrumpió.

—Déjeme usted concluir, amigo mío... No es á usted á quien yo quiero hacer más rico: es á los desheredados, á los trabajadores de que hablábamos, á las víctimas del trabajo inicuo, envilecido, convertido en un atroz presidio, del que quiero librarlos. Acaba usted de decirlo de un modo soberbio. El trabajo debe ser por sí mismo una razón de ser social; y en este instante la salvación se me ha aparecido; la justa y feliz sociedad del mañana, no está más que en la reorganización del trabajo, la única que permitirá un equitativo reparto de la riqueza. Acabo de tener esta deslumbradora certidumbre; la única solución para nuestras miserias y sufrimientos está en eso. No se podrá reconstruir de modo viable el viejo edificio, que cruje y cae podrido, más que sobre el terreno del trabajo, por todos y para todos, aceptado como la ley universal, la vida misma que rige los mundos... ¡Pues bueno! eso es lo que yo quiero intentar aquí, por lo menos un ejemplo que quiero dar, una reorganización del trabajo en pequeño, una fábrica fraternal, el bosquejo de la sociedad de mañana, que opondré á la otra fábrica, la del salario, la del presidio antiguo, donde se tortura y deshonor al obrero esclavo.

Y continuó con palabras temblorosas; bosquejó á grandes rasgos su sueño, todo lo que en él había germinado de la reciente lectura de Fourier; una Asociación entre el capital, el trabajo y el talento. Jordán aportaría el dinero necesario; Bonnaire y sus camaradas pondrían los brazos, él sería el cerebro que concibe y dirige. Y otra vez se paseaba, y con un ade-

mán vehemente señalaba los tejados de Beauclair; á Beauclair era á quien iba á salvar sacándole de las vergüenzas y de los crímenes en que hacía tres días le veía precipitarse. A medida que iba desenvolviendo su plan de acción renovadora, se asombraba, se maravillaba de sí propio. Su misión hablaba en él, aquella misión cuya preñez sentía, sin saber lo que era, que buscaba con ánimo inquieto, con corazón enternecido por la piedad. Al fin veía claro, había encontrado el camino. Y ahora respondía á las cuestiones angustiosas, que todavía durante su insomnio de la noche última se planteaba sin poder resolverlas. Y sobre todo, atendía á las voces de los desgraciados, que habían llegado á él desde el fondo doloroso de las tinieblas; ya las oía distintamente, ya iba en su socorro; los salvaría por el trabajo regenerado, el trabajo que no separaría en adelante á los hombres, en castas enemigas y devoradoras; que los reuniría en una sola familia fraternal, en que el esfuerzo de todos se pondría en común, para la dicha de todos.

—Pero,—objetó Jordán,—la aplicación de la fórmula de Fourier no es la muerte del salario. Aun con los colectivistas, el salario apenas cambia más que de nombre. Habría que llegar hasta el sueño absoluto de la anarquía, para destruirlo.

Lucas tuvo que convenir en ello.

A este propósito, hizo examen de conciencia. Las teorías del colectivista Bonnaire, los sueños del anarquista Lange, resonaban todavía en sus oídos. Las disputas del cura Marle, del maestro Hermeline y del doctor Novarre, volvía á empezar y se eternizaban. Era un continuo caos de opiniones contrarias. También sentía desfilas las objeciones que se habían lanzado los precursores Saint-Simon, Augusto Comte, Proudhon. ¿Por qué, pues, se había de detener en la fórmula de Fourier entre tantas otras? Conocía algunas felices aplicaciones de ella, pero no ignoraba la lentitud de los ensayos, la dificultad de los resultados decisivos. Tal vez la causa era, que á Lucas, personalmente, le repugnaban las violencias revolucionarias, habiendo puesto su fe científica en la evolución no interrumpida, que tiene delante de sí la eternidad para cumplir su fin. La expropiación total y brus-

ca, que creía irrealizable, no podría además efectuarse sin catástrofes terribles, cuyo peor resultado sería producir más miseria todavía y más dolor. Siendo así, ¿no era lo mejor aceptar la ocasión de una experiencia práctica que se le ofrecía, de una tentativa que satisficiera las tendencias de todo su ser, su piedad nativa, su fe en la bondad del hombre, el foco de amor de universal ternura que le abrasaba? Le arrebatara una exaltación heroica, una gran fe, toda una presciencia, que le presentaba el buen éxito seguro. Además, si la aplicación de la fórmula de Fourier no traía el fin inmediato del salario, á él se encaminaba, y conducía á la completa conquista, á la destrucción del capital, desaparición del comercio, inutilidad del dinero, fuente de todos los males. La gran lucha de las escuelas socialistas sólo se refiere á los medios, todas se reconciliarán un día en la ciudad feliz, construída al cabo. Los primeros cimientos de esta ciudad eran los que él quería poner, comenzando por asociar á todos los hombres de buena voluntad, á todas las diversas fuerzas esparcidas, con la certidumbre de que no había mejor punto de partida en medio de la espantosa carnicería actual.

Jordán permaneció escéptico.

—Fourier ha tenido chispazos de genio, eso es cierto. Pero hace más de sesenta años que ha muerto, y si le quedan algunos discípulos tenaces, no veo que su religión esté en camino de conquistar la tierra.

—El catolicismo ha tardado cuatro siglos en conquistar una parte,—replicó Lucas vivamente.—Además, yo no me caso con Fourier, con todo él; para mí no es más que un sabio, que un día de lucidez genial, tuvo la visión de la verdad. Ni es único tampoco; otros han preparado la fórmula y otros la completaron... Vamos á ver; lo que usted no puede negar, es que la evolución que hoy se precipita, viene de lejos, es que nuestro siglo entero ha estado engendrando laboriosamente la ciudad nueva, que nacerá mañana. El pueblo de los trabajadores hace cien años que va naciendo, un poco más cada día, á la vida social, y mañana será dueño de su destino, por la ley científica que asegura la existencia al más fuerte, al más sano, al más digno de ser. A esto asistimos, á

la última lucha entre los pocos privilegiados que han robado la riqueza, y la inmensa muchedumbre obrera, que quiere reivindicar los bienes de que la han despojado, hace siglos y siglos. No es otra cosa lo que nos enseña la historia, al decirnos como algunos se han apoderado de la mayor parte de dicha posible con detrimento de todos, y como todos los miserables robados no han cesado desde entonces de luchar furiosamente con la necesidad vital de reconquistar toda la ventura que puedan... Hace cincuenta años ya que esta lucha va siendo sin cuartel, y por eso veis á los privilegiados, llenos de miedo, abandonar poco á poco, por sí mismos, algunos de sus privilegios. Los tiempos se acercan; se conocen todas las concesiones que los poseedores del suelo y de la riqueza hacen al pueblo. En el terreno político, ya se le ha dado mucho, y va á haber que dárselo en el económico. Todo se vuelven leyes nuevas favoreciendo á los trabajadores, medidas humanitarias, triunfos de asociaciones y de sindicatos que anuncian la próxima era. La batalla entre el trabajo y el capital ha llegado á la crisis aguda que nos permite, desde ahora, predecir la derrota del último. En un plazo dado, tenemos la desaparición cierta del salario... Por eso estoy yo seguro de vencer, ayudando á eso otro, á lo que reemplazará al salario, á la reorganización del trabajo, que nos dará una sociedad más justa, una civilización más elevada.

Irradiaba caridad, fe, esperanza. Continuó; volvió á la historia; el robo de los más fuertes, desde los primeros días del mundo, las miserables muchedumbres esclavas; los poseedores, amontonando crímenes para no dar nada á los desposeídos, que morían de hambre y de violencia. Y este amontonamiento de riqueza, aumentado con el tiempo, lo hacía ver en manos de unos pocos ahora todavía; los señoríos del campo; las casas de las ciudades; las fábricas de los pueblos obreros; las minas en que dormían la hulla y los metales; las explotaciones del transporte, acarreos, canales, caminos de hierro, en fin, las rentas, el oro, la plata, los millones que circulan en los Bancos; todos los bienes de la tierra, todo lo que constituye la incalculable fortuna de los hombres. ¿Y no era una

abominación que tantas riquezas no llegasen más que á la espantosa indigencia del mayor número? ¿No clamaba esto justicia, no se veía la inevitable necesidad de proceder á nuevo reparto? Tamaña iniquidad por un lado, la ociosidad ahita de bienes, por otro: el doloroso trabajo agonizando de miseria, habían hecho del hombre un lobo para el hombre. En vez de unirse para vencer y domesticar las fuerzas de la naturaleza, los hombres se devoraban unos á otros; el bárbaro pacto social los lanzaba al odio, al error, á la locura, abandonando al niño y al anciano, aplastando á la mujer, bestia de carga ó carne de delicia. Los mismos trabajadores corrompidos por el ejemplo, aceptaban su servidumbre, gacha la cabeza bajo la universal cobardía. ¡Y qué espantoso despilfarro de la fortuna humana, las sumas colosales que se gastaban en la guerra, todo el dinero que se daba á los funcionarios inútiles, á los jueces, á los gendarmes!

¡Y todo el dinero que quedaba sin necesidad en manos de los comerciantes, intermediarios inútiles, cuya ganancia era á costa del bienestar de los consumidores! Pero aun esto no era más que la marcha cotidiana de una sociedad ilógica, mal constituida; había además el crimen, el hambre provocada, impuesta por los propietarios de los instrumentos de trabajo, para asegurar su provecho. Reducían la producción de una fábrica, imponían días de huelga á los mineros, fabricaban miseria, con un fin de guerra económica, para mantener los precios altos. ¡Y se maravillaban, si la máquina crujía, si se hundía bajo tal montón de sufrimiento, de injusticia de vergüenzas!

—¡No, no!—gritó Lucas,—esto ha concluido, esto no puede durar, sin que la humanidad desaparezca en una última crisis de demencia. El pacto ha de hacerse de nuevo, cada hombre que nace tiene derecho á la vida, y la tierra es fortuna común de todos. Es preciso que los instrumentos de trabajo á todos se entreguen, que cada cual cumpla su parte personal en la común tarea... Si la historia, con sus odios, sus guerras, sus crímenes, no ha sido hasta aquí más que el resultado abominable del robo inicial de la tiranía de algunos ladrones, que han necesitado empujar á

los hombres para que se degollaran unos á otros, é instituir tribunales y cárceles, para defender sus rapiñas, ya es tiempo de volver á comenzar la historia, inaugurando la nueva era con un gran acto de equidad; las riquezas de la tierra devueltas á todos los hombres, el trabajo convertido en ley universal para la sociedad humana, como lo es para el universo, á fin de que venga la paz entre nosotros y la venturosa fraternidad reine al cabo... ¡Y así será! ¡yo trabajaré, yo venceré!

Estaba tan exaltado, tan vencedor, tanto se había crecido en su arrebató profético, que Jordán, maravillado, se volvió á Scœurette, para decirle:

—Mírale qué hermoso está.

La joven, temblorosa, pálida de emoción, no le había quitado los ojos, como invadida por una suerte de fervor religioso.

—¡Oh!—murmuró muy bajo.—¡Qué hermoso, y qué bueno!

—Pero es el caso, querido amigo,—dijo Jordán sonriendo,—que es usted sencillamente un anarquista, por muy evolucionista que se crea; y hace bien en decir que se empieza por la fórmula de Fourier y se acaba por el hombre libre en la comunidad libre.

El mismo Lucas se había echado á reír.

—De todos modos, empecemos; ya veremos á donde nos lleva la lógica.

Pensativo, Jordán, no parecía oírle ya; dentro de él, el sabio enclaustrado en su laboratorio acababa de sentirse profundamente conmovido; y si dudaba todavía que se pudiese acelerar la marcha de la humanidad, ya no negaba la utilidad del esfuerzo.

—Sin duda,—continuó lentamente,—la iniciativa individual es todopoderosa. Para determinar los hechos, siempre hace falta un hombre que vigile y que ejecute, un rebelde de genio y de pensamiento libre, que traiga la nueva verdad... En las catástrofes, cuando la salvación está en cortar un cable, hender una viga, no hace falta más que un hombre y un hacha, la voluntad es todo; el salvador es el que descarga el hacha... Nada resiste, las montañas se hun-

den, y los mares se retiran, ante una individualidad que ejecuta.

Eso era: Lucas reconocía en aquellas palabras, el volcán de voluntad y de certidumbre interiores, en que se abrasaba. Aún no sabía qué genio traía consigo; pero en él era como una fuerza, acumulada de antiguo, la rebeldía contra toda la iniquidad secular, la ardiente necesidad de hacer justicia al fin. Era de inteligencia independiente, no aceptaba más que los hechos demostrados por la ciencia. Estaba solo, quería obrar solo; toda su fe la ponía en la acción. Era el hombre que osa; pues esto bastaría, cumpliríase su misión.

Reinó un momento de silencio. Jordán respondió al fin, con ademán amistoso de abandono.

—Ya se lo he dicho: hay horas de lasitud, en que daría á Delaveau toda la explotación, el horno alto, la mina, los terrenos, para librarme de todo ello, y entregarme en paz á mis estudios, á mis experimentos... Cójalo usted todo, prefiero dárselo á usted, que piensa poder emplearlo de buen modo. Todo lo que le pido es que me descargue á mí completamente de todo cuidado, dejándome trabajar en mi rincón, acabar mi empeño, sin volverme á hablar jamás de tales cosas.

Lucas le miraba con ojos brillantes, en que resplandecía toda su gratitud, toda su ternura. Luego, sin vacilación alguna, con aire seguro de la respuesta, dijo:

—No es eso todo, amigo mío: es preciso que su gran corazón haga más. Yo no puedo emprender hoy nada sin dinero: necesito quinientos mil francos, para crear la fábrica con que sueño, donde reorganizaré el trabajo, y que será como el fundamento de la sociedad futura... Estoy convencido de que ofrezco á usted un buen negocio, pues que su capital entra en la asociación y le asegurará una buena parte de los beneficios.

Y como Jordán quisiera interrumpirle,

—Sí,—añadió,—ya sé, no quiere usted hacerse más rico. Pero, con todo, necesita usted vivir, y si usted me da su dinero, quiero asegurarle la existencia material, de manera que nada turbe jamás en adelante su tranquilidad de gran trabajador.

Volvió el silencio, grave, todo emoción, en la ancha sala, donde el trabajo germinaba ya, para las cosechas futuras. La resolución que se esperaba estaba tan preñada de porvenir, que infundía como un temblor religioso, en la expectación augusta de lo que iba á ser.

—Es usted un alma benéfica y abnegada,—prosiguió Lucas.—¿No me lo ha dicho usted mismo ayer? Esos descubrimientos que persigue, esos hornos eléctricos que han de reducir el esfuerzo humano, de enriquecer más á los hombres, no los explotará usted si quiera, los entregará... No es un don lo que le pido, es un auxilio fraternal, que va á permitir disminuir la injusticia y hacer el bien.

Entonces, muy sencillamente, Jordán consintió.

—Acepto, amigo mío; tendrá usted el dinero para realizar sus sueños... Y como no he de mentir, añado que siguen siendo, á mis ojos, sólo una utopía generosa; porque no me ha convencido usted por completo. Perdone usted mi duda de sabio... Pero no importa, es usted un hombre excelente: ensaye su empresa y cuente conmigo.

Lucas lanzó un grito de triunfo, en un arranque de todo su ser, que pareció levantarle del suelo.

—¡Oh! gracias; yo le digo que el empeño está realizado, gozaremos la divina alegría de cumplirlo.

Sœurrette no se había movido, ni había dicho nada. Pero toda la bondad de su corazón se le había subido al rostro; gruesas lágrimas de ternura llenaban sus ojos. Se levantó, por una fuerza irresistible. Se acercó á Lucas, muda, desatinada, y le besó en la cara, mientras corrían sus lágrimas. Luego, en su extraordinaria emoción, se arrojó en los brazos de su hermano, y en ellos sollozó mucho tiempo.

Algo sorprendido de semejante beso á un joven, Jordán se alarmó.

—¡Qué te pasa, hermana mía? No creo que desapruebes lo hecho. Es verdad, hemos debido consultarte. Pero todavía es tiempo. ¡Estás conforme?

—¡Oh, sí! ¡oh, sí!—balbuceó ella sonriente, radiante en medio de las lágrimas.—Sois dos héroes; yo os serviré, disponed de mí.

La noche del mismo día, hacia las once, Lucas fué

á apoyarse en la ventana del pabellón, como la víspera, para respirar un instante el aire fresco y tranquilo de la noche. En frente, más allá de los campos incultos sembrados de rocas, Beauclair se adormecía, apagando una á una sus luces; mientras que á la izquierda, el Abismo retumbaba con los golpes sordos de sus martillos. Jamás el aliento de gigante, doloroso, le había parecido ni más rudo, ni más oprimido. Y también como la víspera, llegó un ruido del otro lado del camino, tan ligero, que creyó que sería el batir de alas de un pájaro nocturno. Pero su corazón latió con fuerza, cuando volvió el ruido; porque reconocía ahora el dulce temblor de la aproximación. Volvió á ver la forma vaga, delicada y fina, que parecía flotar sobre las yerbas. Y de un salto de cabra montés una mujer atravesó el camino y le arrojó un ramillete con tal destreza, que otra vez le cayó sobre los labios como una caricia. Era como la víspera, un ramo diminuto de claveles silvestres, acabados de recoger entre las rocas, y de olor tan fuerte que todo le perfumaron.

—¡Oh, Josina, Josina!—murmuró, penetrado de ternura infinita.

Había vuelto, se entregaba otra vez, se entregaría siempre con el mismo ademán de gratitud apasionada, con aquellas flores candidas como ella; y todo esto le refrescaba, le reanimaba en la fatiga física y moral de un día tan lleno de vida, decisivo. Era esto ya la recompensa del primer esfuerzo, de la acción resuelta. Su ramillete de aquella noche, le festejaba por haber decidido emprender la obra al día siguiente. En aquella niña, amaba al pueblo, que padecía; era á ella á quien quería librar del monstruo. Había escogido la más miserable, la más ultrajada, tan cerca de envilecerse, de caer en el lodo. Con su pobre mano, que el trabajo había mutilado, encarnaba toda la raza de las víctimas, de los esclavos que daban su carne para el esfuerzo y para el placer. Cuando la hubiera rescatado, rescataría en ella á toda la raza; y además, y con delicia, era el amor, el amor necesario para la armonía, para la dicha de la ciudad futura.

Con voz suave, llamó:

—Josina, Josina... Es usted Josina.

Pero ya, sin una palabra, huía ella, y se perdía en la obscuridad del páramo inculto.

—Josina, Josina, es usted, ya lo sé; tengo que hablarle.

Entonces, temblando, feliz, volvió ella, con paso ligero, se detuvo en el camino, debajo de la ventana, y como una brisa, murmuró:

—Sí, sí, soy yo, señor Lucas.

No se daba él prisa, procuraba verla mejor, tan sutil, tan vaga, semejante á una visión, que una ola de tinieblas va á llevarse.

—¿Quiere usted hacerme un favor? diga á Bonnaire que venga á hablar conmigo mañana por la mañana; tengo que darle una buena noticia; le he encontrado trabajo.

Mostró ella su alegría, riendo conmovida, con un ruido apenas perceptible, como un gorjeo.

—¡Ah! qué bueno es usted, qué bueno es usted!

—Y tendré trabajo para todos los obreros que lo quieran,—continuó Lucas en voz baja, enterneciéndose.—Sí, voy á procurar que haya justicia y felicidad para todo el mundo.

Comprendió Josina; su risa fué más suave, más impregnada de pasión agradecida.

—Gracias, gracias, señor.

La visión se borraba; volvió á ver la sombra ligera huir de nuevo entre la maleza; iba acompañada de otra sombra pequeña, Nanet, en quien no había reparado todavía y que iba corriendo al lado de su hermana mayor.

—Josina, Josina... Hasta la vista, Josina.

—Gracias, gracias, señor Lucas.

Ya no la veía; había desaparecido; pero seguía oyendo sus palabras de gratitud y de alegría, el gorjeo que traía el viento de la noche; y había en ello un encanto infinito; penetrábale el corazón embelesado.

Mucho tiempo estuvo Lucas en la ventana, como arrobado en una esperanza sin límites. Entre el Abismo, donde alentaba la sorda respiración del trabajo maldito, y la Guerdache, cuyo parque formaba una mancha negra; en medio de la llanura rasa de la Rumaña, miraba al viejo Beauclair, el barrio obrero, de casuchas temblonas, medio podridas, dormidas bajo

el peso abrumador de su miseria y sufrimiento. Aquella era la cloaca que él quería sanear, la antigua cárcel del salario, que se trataba de arrasar, con sus iniquidades y crueldades execrables, para curar á la humanidad del secular envenenamiento.

Y reedificándola en el mismo sitio, colocaba la ciudad futura, la de verdad, justicia y felicidad, cuyas casas blancas ya veía reir entre verdores, libres y fraternales, bajo un gran sol de alegría.

Mas de repente, todo el horizonte se iluminó, una llamarada de rosa iluminó los tejados de Beauclair, el promontorio de los montes Bleuses, la campiña inmensa.

Era una sangría del horno alto de la Crecherie, que Lucas había tomado al pronto por una aurora. Y no era una aurora, era más bien un ocaso, el del viejo Vulcano, torturado en su yunque, que lanzaba su última llamarda. El trabajo ya no sería más que alegría y salud; *mañana* iba á nacer.

LIBRO SEGUNDO

I

Pasaron tres años, y Lucas creó su fábrica nueva, que hizo nacer toda una ciudad obrera. Los terrenos ocupados abarcaban más de un kilómetro cuadrado, en la falda de los Montes Bleuses, un vasto erial, en ligera pendiente, que iba desde el parque de la Crecherie hasta los amontonados edificios del Abismo. Los comienzos tuvieron que ser modestos; se utilizó sólo una parte del erial, reservando lo demás para los ensanches que se esperaban, en el porvenir. La fábrica estaba pegada al promontorio de peñascos, debajo del horno alto, que comunicaba con los talleres por dos montacargas. Lucas, esperando la revolución que debían de causar los hornos eléctricos de Jordán, apenas se había ocupado en el horno alto, mejorándolo en los detalles, y le dejaba funcionar en manos de Morfain, según la antigua rutina. Pero en la instalación de la fábrica, había realizado todos los progresos posibles, desde el punto de vista de las cons-